

En Vernik, Esteban, *¿Qué es una nación? La pregunta de Renan revisitada*. Buenos Aires (Argentina): Prometeo.

Representaciones de la nación en la Patagonia: ¿Qué es ser miembro de una nación en crisis?.

Aranciaga Ignacio.

Cita:

Aranciaga Ignacio (2005). *Representaciones de la nación en la Patagonia: ¿Qué es ser miembro de una nación en crisis?*. En Vernik, Esteban *¿Qué es una nación? La pregunta de Renan revisitada*. Buenos Aires (Argentina): Prometeo.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/ignacio.aranciaga/67>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pzvf/5rX>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Representaciones de la nación en Patagonia

¿Qué es ser miembro de una nación en crisis?

Ignacio Aranciaga

En su afán por la extensión, el hombre a principios del siglo XX colocó un hito modernizador en estas tierras. El telégrafo, simple y extraño quiebre de esta geografía, surcado por un cable. Con esta posta (¿transito hacia dónde?) más algún establecimiento ganadero que el ojo exprimidor del hombre pudo advertir, se fueron construyendo algunas viviendas. En estas tierras el verde es sólo un color en el registro lejano del aventurero. Aquí las tonalidades que predominan son las del marrón. La falta de sol y agua hacían difícil la estancia del poblador. En busca de este elemento es que se encontrará petróleo (¿o se encontró porque el hombre del siglo XX le asigna un valor significativo a este mineral?).

La conquista del desierto limpió de indio la inmensidad patagónica, asignando tierras al soldado de campaña que junte más orejas de aquel poblador. Luego animales traídos de otra geografía que rápidamente se transformaron en “oro blanco”. Estos comieron lo que no había en el desierto para dejarlo más desierto aún. Estancieros y puesteros se abandonaron por su propia creación. A mitad de siglo con el avance de la necesidad energética, se traza otro paisaje. Se exploran los campos, se dibujan nuevas realidades y caminos. Se siembran torres de perforación y gatos petroleros. Cuando estos terminan su función se retiran y sólo quedan las realidades y caminos de exploración y explotación. Ambos son vida y muerte. En esta dualidad la Patagonia comprende su doble dimensión: la de saber algo y la de saber hacer algo. La Patagonia comprende la finitud de la vida, por la infinitud de la muerte. A su vez se resiste a esa comprensión y se resiste por lo tanto a la muerte. De esta manera pasó del “oro metafísico” que era el desierto, al “oro blanco” de esos hombres y animales importados, al “oro negro” de las entrañas de un mundo no cotidiano y en la actualidad al “oro invisible” que comienza a sembrar ventiladores gigantes donde antes había gatos petroleros.

La Patagonia en busca de la energía que es vida y utopía en estos tiempos de crisis generalizada. Aparece un replanteo sobre la idea de nación, de refundar el país, de modificar las instituciones y viejas prácticas políticas y sociales. La pregunta por las representaciones de una nación en crisis y sus individuos en y desde una región alejada recobra nuevos sentidos y plantea nuevos debates.

Actualmente decir que “la nación está en crisis” no es ninguna novedad. Pero ¿qué es una nación? Sino como dice Renan: “Una nación es un principio espiritual resultante de complicaciones profundas de la historia: es una familia espiritual y no un

grupo determinado por la configuración del suelo” Ahora desde este ensayo voy a proponer que las configuraciones del suelo en Patagonia si tiene que ver con la idea de nación. Lo voy a ejemplificar desde la minería pero podría haber sido desde la ganadería o la pesca. La configuración del territorio va a ser el suelo desde donde se construya “un pasado de esfuerzos, de sacrificios y de abnegaciones...En el pasado, una herencia de glorias y de pesares que compartir; en el porvenir, un mismo programa a realizar...he aquí el capital social sobre el que se asienta una idea nacional...una voluntad común en el presente; haber hecho grandes cosas juntos, querer aún hacerlas: he ahí las condiciones esenciales para ser un pueblo”. Decir que la nación está en crisis desde una región como la patagónica convoca a pensar en la nación y sus representaciones, en sus miembros y las posibilidades ante la crisis.

¿Qué es ser miembro de una nación en crisis?

La idea de nación en Patagonia está signada por el conflicto trágico. Tensiones políticas entre el Estado de una Nación y el Pueblo de una nación, es la ambivalencia cotidiana, donde la usurpación, despojo y conquista es la sustancia que sigue alimentando a la región hasta nuestros días.

Son diferentes las formas y contenidos que posee el Estado para instituir su “idea de nación”. A las reconocidas instituciones ideológico-culturales como la escuela o el ejercito hay que agregarle los emprendimientos productivos que forjaron y estipularon otra vía para generar la argentinidad. Estos procesos productivos fueron significativos en la Patagonia, región históricamente conflictiva geopolíticamente.

La constitución de identidades del pueblo de la nación en política, en economía y en cultura en los últimos 60 años en Patagonia estuvo signada por la intervención del Estado Nacional. Vale decir que desde la década del '90 a esta parte ocurrieron profundos cambios políticos, económicos y culturales en el país, implicando nuevas concepciones de esta constitución en la Patagonia.

En Argentina el ejército se formó antes que el pueblo, particularmente en la Patagonia las empresas estatales (YCF, HIPASAM e YPF) hallaron minerales y la comunidad se creó y pensó alrededor de la producción minera y energética. Proyecto progresista, arrollador y autoritario. Reclutó de lugares perdidos y desérticos del país a pobladores sumidos en una extensión no realizada. Les prometió un forma de vida cuyo contenido involucraba vivienda y trabajo. No les comunico que su empresa los iba a manipular como herramientas en los campos mineros y que su vida íntima iba a estar limitada por las requisas permanentes en el interior de sus casas. El pueblo era la empresa, por eso se siguen autodenominando “los soldados del carbón” o las

primeras agrupaciones sindicales petroleras hagan propias las consignas del General Mosconi. Ahora estas empresas nacionales con una fuerte impronta militar no estaban controladas por la sociedad sino por el centinela. Las empresas sabían que sólo la fuerza no es un sistema perenne y que se necesitaba otro tipo de legitimación. Si con la conquista del desierto patria era propiedad a partir de la condecoración a militares con las tierras conquistadas. A mediados del siglo XX la fórmula se reelabora y patria es producción. La empresa no sólo dispondría de la forma sino también del contenido.

El modelo productivo y organizativo desarrollado por YCF, HIPASAM e YPF promovieron la consolidación y crecimiento de grupos familiares de trabajadores foráneos. Desde entonces, las poblaciones patagónicas donde se asentaron estas empresas han construido –aún sin hacerlo consciente– una identidad colectiva que la define como ciudades mineras. Por este motivo, las profundas transformaciones económicas y políticas de la década de los noventa y sus efectos directos sobre la industrias mineras extractivas, llevó a la empresas a un proceso de creciente desestatización. La decisión de transferir al capital privado tanto las áreas de explotación, en una primera etapa, como el capital accionario mayoritario, en la segunda fase, aparece como “tristemente innovadora” con la estrategia seguida en otros países de América latina, convirtiendo al “Plan Argentina” en una cruel ironía. Este tipo de acciones, no sólo desmantelaron el núcleo productivo, sino también generaron una ruptura del “pacto” o “contrato” organizacional y cultural sobre el que se había asentado la sociedad civil de las ciudades patagónicas y sus áreas de influencias.

Las comunidades norteñas de La Rioja, Jujuy, Salta y Catamarca se rememoran como la pioneras en la región. Se comprenden como los primeros que llegaron para darle impulso económico a la zona. En este sentido las comunidades norteñas se sienten forjadoras de la Patagonia Austral. Una región que cuando llegaron era, alejada, sin comunicaciones, con todo por construirse. Los norteños conciben que el trabajo tiene innumerables implicancias para su vida cotidiana, pero también les posibilita la creación de un relato con sentido patriótico de su existencia en la Patagonia. Aquí destacaremos, principalmente, dos: las subjetivas, que permiten a los trabajadores de la comunidad sentirse mineros, partícipes de un proceso productivo nacional que los incluyó y necesitó para llevar adelante ese desarrollo; y las objetivas, que les otorgó los medios materiales de supervivencia (casa, salario, obra social, jubilación, etcétera).

De esta manera, esta comunidad logra comprender su migración (producida masivamente en la década del 50 y 60), que pasó de la incertidumbre -por la partida y el riesgo físico por la difícil labor a la que se dedicaron- a la seguridad que les

otorgaba un trabajo para toda la vida, y en el cual se reglamentaban el salario, la jubilación y, desde un lugar metafísico, su ser y su tiempo. A su vez, se remarca el carácter nacional de la comunidad que desde un pasado de migración, logró proyectarse a largo plazo, a partir de la realización de la actividad productiva minera nacional.

La aventura de la migración fue motivada por las empresas estatales de la región que los convocaba por sus aptitudes al trabajo minero y a su voluntad de aceptar las duras condiciones objetivas de vida reinantes de la región.

El Estado en la Patagonia es también productor de soberanía y no sólo de minerales. Con esto, no se trata de oponer a la racionalidad económica una lógica puramente simbólica, pero la producción de soberanía fue un factor incorporado a los cálculos de inversión en las empresas estatales. La Patagonia fue, durante medio siglo, el lugar privilegiado para “hacer patria”. Esta región fronteriza se constituyó como polo de desarrollo estratégico a partir de los cuales consolidar la frontera era expresión material de la soberanía del estado.

En el ámbito regional, el modelo productor de soberanía dio lugar a una forma singular de hegemonía corporativa centrado en la todopoderosa institución de la empresa-estado nacional. Las relaciones y el lenguaje hegemónicos no nacen exclusivamente en las minas o pozos petroleros –locus de la producción- sino también en la Patagonia, locus de la producción de soberanía. El eje de ese lenguaje es la figura del ciudadano-soldado, para quien la defensa nacional es un problema integral que requiere que el gobierno coordine todos los recursos de la nación.

Este modelo económico, cultural y político nacional patagónico contiene una tensión fundamental: en abierta contradicción con esos propósitos geoestratégicos, YCF, YPF e HIPASAM dependieron desde sus orígenes del reclutamiento -para el caso de YCF en forma masiva- de ex-trabajadores rurales chilenos y en especial chilotes, un grupo étnico fuertemente estigmatizado originario del archipiélago de Chiloé. Su número se redujo drásticamente a partir de la virtual guerra fronteriza de 1978, por el violento desalojo realizado por el Estado Nacional.

Para mediar esa contradicción, la empresa se sirvió de un conjunto crecientemente complejo de instituciones, rituales y prácticas destinadas al gobierno espacialmente diferenciado de la frontera y a monopolizar la asignación de las identidades de sus habitantes. La efectividad de esos mecanismos –estructurados en torno a las “zonas de seguridad de frontera”- ha dependido, por una parte, del ejercicio cotidiano, desmedido y arbitrario de violencia contra los trabajadores chilenos. Por otra, ha sido enmarcada y legitimada por un discurso que construye a la frontera y a la Patagonia como dispositivo por el cual el estado nación argentino se constituye a si

mismo en el proceso de expandirse conquistar, someter y finalmente asimilar –en posiciones subordinadas- a “bolitas”, “paraguas”, “macacos o chilotes.”.

Este discurso se enraíza de modo manifiesto en la retórica de civilización y barbarie que jugó un papel central en el proceso de formación del estado nación argentino a fines de siglo pasado. Hacer explícita la matriz de relaciones que subyace a la retórica de nación es crucial para entender como sus elementos son re combinados de modos distintos para crear nuevos significados ideológicos en respuesta a las nuevas confrontaciones que surgen en los diversos campos en los que son desplegados.

Uno de esos significados ideológicos es observar como el sacrificio se resignifica positivamente. El duro trabajo posibilitó a la comunidad norteña, enmarcarse en un proyecto que hoy los dignifica, los valoriza como ciudadanos pioneros en la región.

A su vez este sacrificio se vuelve agradecimiento hacia la empresa que se los posibilitó, hay aquí un reconocimiento hacia el patrón y la existencia de un contrato implícito entre ambos. El Estado brinda trabajo, progreso y la “autenticidad” de una identidad nacional. Los migrantes conciben que el trabajo tiene innumerables implicancias para su vida cotidiana. Era el proveedor de lo necesario en lo que hacía a su desarrollo material y simbólico. Dicho trabajo organizaba la vida del operario, ya que lo proveía de un salario fijo, una obra social -a él y a su familia- y un sistema de seguridad social. Esta serie de prestaciones le brindaban al trabajador tranquilidad ante cualquier eventualidad y le permitía una proyección de futuro, acceso al consumo, al confort, la posibilidad de ascenso social e integración en el conjunto de la sociedad. Les posibilitó crear un relato con sentido patriótico de su existencia en la Patagonia, participes de un proceso productivo nacional que los incluía y los necesitaba para llevar adelante el desarrollo para el país. Tensiones trágicas y conflictivas que se reanudan permanentemente.

Esta comunidad se reivindica como minera, porque tiene el orgullo de serlo. Su trabajo se valoraba como una producción para el país, para el conjunto de los habitantes de la Nación, donde no mediaban los intereses privados. Se los respetaba por su trabajo, por la manera de llevarlo a cabo y también por pertenecer a, por ejemplo, Y.P.F., por ser “ypefianos”. Esto se refuerza en significaciones diferentes en los momentos de crisis y privatización de la empresa estatal.

Ante la ruptura del Estado de bienestar, donde las tensiones entre Estado y prácticas sociales estaban apaciguadas, el proceso de ajuste y reestructuración de los '90 en Patagonia repercutió de manera profunda, al traspasarse las empresas estatales a manos privadas establecieron una fisura significativa en las relaciones sociales de las

poblaciones involucradas. De esta manera se redefinen el equilibrio entre Estado y Sociedad (entre “la” política y “lo” político), donde las fuerzas transformadoras de los movimientos sociales se dan como prácticas emergentes que no se consolidaron en el Estado.

Los primeros impactos que se destacan de la transformación productiva en las condiciones objetivas de la población se refieren al desempleo, a lo precario de la relación laboral, el crecimiento de empleados en la esfera municipal o provincial, la búsqueda de alternativas productivas y laborales, así como la incertidumbre laboral-económica para los jóvenes de la población. En tanto, si lo pensamos en relación con las condiciones subjetivas, se dio un paulatino viraje en la organización social y cultural comunitaria, desde la impronta de las antiguas empresas estatales hasta la lógica del empleo municipal y el provincial. Esto generó una crisis de idiosincrasia en las comunidades pioneras en la minería extrativa patagónica y, por último, la ruptura generacional de la identidad nacional basada en esa producción para el país.

La realidad de la crisis política y económica de los noventa, evidencia la situación de desmembramiento de los sectores populares y en función de lo urgente, a la insoportable caída del nivel de vida y marginación social. Los empleados con sueldos magros, los trabajadores flexibilizados, los subocupados y los desempleados, dentro de este contexto, se transforman en una problemática social. Las políticas de empleo pueden ser interpretadas como una declaración de impotencia frente al aumento de la desocupación en grados sucesivos. El carácter masivo de la desocupación de larga duración, las dificultades crecientes de inserción de jóvenes, lo precario del empleo y la presión sobre los salarios crearon riesgos de ruptura de los lazos sociales en un contexto de recesión marcada y continua.

Existe un proceso de fragmentación laboral, y por ende, social, que afecta a los trabajadores con una dinámica particular. La experiencia de empleo de la década pasada a esta parte, no consolida un proyecto a mediano o largo plazo. La inestabilidad laboral a la que está expuesto este sector de la comunidad, donde la flexibilidad laboral se da como una forma de vida, con un horizonte cercano, incertidumbre sin seguridad ni una certeza laboral. Es por ello que se logra entender que los trabajadores hayan perdido la oportunidad de tener un “proyecto” gracias a un empleo en un lugar concebido como más estable y con otras condiciones de trabajo, se encuentra el siempre latente riesgo de caer en la desocupación.

La actividad minera adquiere su dimensión crítica cuando afecta a la identidad colectiva y a las formas de acción socialmente compartidas. De esta forma, el modo actual de producción petrolera –a través de la incorporación de nueva tecnología, la innovación en la producción y la flexibilización de los puestos de trabajo- profundiza la

vivencia de la crisis. La constitución misma de la crisis implica como condición fundamental una contradicción inconveniente; es decir: la crisis está asociada a la idea de un poder objetivo e inmediatamente incomprensible que arrebató a los habitantes de la Patagonia parte de la identidad colectiva que históricamente habían construido.

Por lo tanto, la comunidad vivencia frente a la situación crítica incertidumbre y, consecuentemente, cierta pasividad, ya que se encuentra temporariamente privada de elementos que la había formado como trabajadora y ciudadana, hallándose ante situaciones turbulentas y cambiantes sin la posibilidad de referentes visibles.

Desde otra perspectiva, en el actual contexto globalizador y de trabajo precario, se les presentan nuevas maneras de ser ciudadanos. El ser ciudadano implica que, mediante las prácticas sociales y culturales de ejercicio de la ciudadanía, se tiene la capacidad de apropiarse de bienes y del modo de usarlos, con igualdad de derechos abstractos y como un lugar de pertenencia y de representación de intereses.

Se debe tener en cuenta que la identidad se ejerce como formas culturales concretas a través de modalidades de transmisión, reproducción, cambio, ruptura e intervenciones simbólicas, donde ya no hay sujeto social sino una identidad particular, estableciéndose un modo peculiar de significar lo real y manifestándose expresiones cambiantes creadas y a crear.

Los trabajadores patagónicos forman parte de redes sociales (en la época globalizada), a través del empleo precario, del consumo y de pertenecer a un Estado desdibujado en sus políticas sociales. Tienen opciones a elegir bienes que deciden como públicamente valioso y como integrantes de la sociedad. Entonces, hoy, ser ciudadano no es sólo la obtención de los derechos reconocidos por el aparato estatal de quienes nacieron en un territorio; sino que son prácticas sociales y culturales, de organización y satisfacción de necesidades. De esta manera, se redefine el equilibrio entre Estado y sociedad, donde las fuerzas transformadoras de los movimientos sociales se dan como prácticas emergentes que no se consolidaron en el Estado, con nuevas subjetividades en la conformación de la sociedad y otras formas de acceder, pertenecer y participar en la reelaboración del sistema.

Asimismo, el mercado -mediante el empleo precario y el consumo- establece el orden de convergencia y participación al restablecer las relaciones entre lo público y lo privado. Por otro lado, se observa la declinación del Estado como entidad contenedora de lo social y la reorganización de las funciones de actores políticos tradicionales.

La ciudadanía, para los habitantes de la Patagonia, se entendía como una identidad vinculada con territorios propios. Ellos eran habitantes de una región que se concebía como un lugar de interacción de la cultura y tradición nacional. Estaban

arraigados a la cultura de la empresa estatal dentro de la Nación. Con la apertura de mercados y la privatización de las empresas estatales, dichas comunidades, en torno del vínculo tierra-sangre, se transforman en memoria histórica inestable. Comienzan a formarse redes heterogéneas de pertenencia y nuevas configuraciones territoriales/institucionales.

Sin duda, las políticas de ajuste y transformación estructural mostraron ser “exitosas” en cuanto al logro de objetivos estratégicos de “desestructuración” -y sus configuraciones sociales del modelo desarrollista promovido para la Patagonia. Sin embargo, no deja de llamar la atención el constatar que la “modernización neoliberal” continúa más preocupada por el resguardo de la rentabilidad del capital y el debilitamiento político e institucional de los trabajadores. No así, por el desarrollo y la defensa de nuevos derechos, recursos, oportunidades y habilitaciones a favor de los trabajadores, sus familias y la población afectada por las transformaciones que se hallan en proceso. En definitiva, las cuestiones sociales aquí descritas marcan la reestructuración del espacio público regional, a la luz de la modernización laboral; donde “el pueblo de la Nación” pierde uno de sus referentes principales sobre el cual había constituido su identidad.

Por último, las crisis son desestructurantes y estructurantes en el mismo sentido, lo cual nos impone la tarea de seguir construyendo senderos que expresen los intereses de la sociedad en tiempos en que las utopías dicen haber caído y es necesario reivindicarlas.

La Patagonia como conflicto trágico y utopía

¿Qué es ser miembro de una nación en crisis? Esta es sin dudas una pregunta convocante hacia una mirada en el pasado, una reflexión sobre el presente y un proyecto en común hacia el futuro. Una pregunta que nos remite a la idea de la política.

En la pretensión de legitimidad a la autoridad por parte de los gobernantes y en la creencia en esa autoridad legítima por parte de los gobernados, hay aquí siempre una distancia, insalvable, trágica, conflictiva, siempre presente.

Cuando esa distancia se ensancha, se producen quiebres y crisis. Tanto los representantes como los representados debemos saber que el consenso no es un absoluto, que el bienestar de todos como fin del Estado, encierra una utopía y una tensión tanto como las categorías de libertad e igualdad.

Ahora bien, en la actualidad, ¿ es posible encontrar salidas alternativas a la crisis en actores sociales reflexivos de las nuevas dinámicas socioeconómicas, donde

vuelven a tener control sobre sus propias fuerzas y sobre las condiciones históricas?. O por el contrario, ¿ el peso que la sociedad atribuye a la estructura de corrupción del neoliberalismo, causante del quiebre del sector productivo y social, se revela como un fetiche ajeno y opresor al quehacer socialmente compartido, y por lo tanto, dificulta el delineamiento de una salida común a la crisis? En síntesis ¿puede haber una reflexión democrática en las sociedades capitalistas después de las cacerolas? Sin dudas hay que dimensionar y repensar la “crisis de representatividad”.

Si comenzamos a pensar que no existe una relación lineal entre modernización tecnológica, globalización, FMI y desocupación, sino que ésta es producto de relaciones sociales y políticas. Las comunidades, están habilitada a dialogar y debatir. Tienen la capacidad de comprender los cambios tecnológico que se produzca y manifestarse acerca de las condiciones sociales que considere necesarias. Cabe pensar aquí que el estado actual de la estructura de corrupción y la percepción de la misma como responsable del desempleo es un problema porque presupone la autonomía del Mercado y, en tal sentido, oculta la racionalidad económica del actor que toma las decisiones y tiene el poder (no tanto la legitimidad social) de imponerlas. En otro sentido, pensar el estado actual de la estructura de corrupción como “no necesario” y, por lo tanto, modificable, nos habla de la posibilidad de debates políticos. La globalización y la llamada Sociedad de la Información se nos presentan como el factores claves del desarrollo económico, poseedores de objetivos de democratización de las relaciones sociales y de recuperación de la fase de bienestar social teniendo como pilares a la liberalización, la competitividad y la flexibilidad. Haciendo caso a esto las políticas de los estados nacionales empiezan a diluirse y solamente tienen que hacer un ejercicio de gestión que evite descarrilarse del camino ya trazado por el pensamiento único o neoliberal. De esta manera, la acción política que se presentaba como una tensión entre la fiesta y el cálculo se resuelve por la segunda opción.

La “gestión sin utopía”, esa gestión que no convoca a la autoreflexión, que es pura instrumentalidad y racionalidad sólo de medios, en este caso particular toma la forma de sociedad de la información constituyéndose en el formato de la civilización. Ahora ¿cuál es el camino a seguir para lograr el camino de una hermenéutica de la política.

A partir de las cacerolas, hay un resurgimiento de dejar atrás a la política como una “caja negra”. Se concibe a la política como causalidad social donde el estado es pasivo y depende del dinamismo que le es impuesto desde afuera. Recibe inputs que tiene que resolver y esa resolución es la que se puede medir con la decisión adoptada o una causalidad política, donde importan los impactos de una determinada política

estatal y se considera cerrada toda otra influencia significativa fuera de la política estatal y conteniendo una estrecha definición de los impactos.

Ahora, si convocamos a una hermenéutica de la política que centre el análisis en un proceso social para acceder al conocimiento sobre el estado y la sociedad, se empieza a vislumbrar que las respuestas no pueden analizarse como neutrales ni automáticas, sino que aparece una construcción social de la “cuestión” realizada por actores disímiles.

¿Quién ha decidido el camino de la política y quién sabe lo que conviene decidir? Saber y Poder dos caras de la misma cuestión.

La política como problema y pregunta. ¿Cómo aparece el lugar del Estado y la Sociedad como poder práctico y político? Se trata de una pregunta que sigue resonando porque la política ha pasado a ser dominio de los que saben, ámbito donde sólo pueden opinar los expertos, que han encapsulado esos saberes para sí, diluyéndose de esta manera la idea de democracia. Ahora no es posible pensar en un consenso, en un diálogo, en la esfera de lo público, pese a que se trata de una esfera que a todos pertenece y que tiene por condición ser transparente y libre.

Concluyendo, no podemos tomar a la política simplemente como una herramienta que sirva a quienes la usan, y como avalorativa, porque no es indiferente a la variedad de fines para los que puede ser utilizada. Tampoco resulta indiferente en cualquier contexto social y nada nos dice que se muestre como universalmente “racional” o “válida”. Que hoy un tipo de modelo político se haya automatizado y reglado, no quiere decir que no exista un entramado de relaciones sociales dentro de él y que en cada punto de esa trama sea necesario lleva a cabo elecciones culturales donde el Estado y la Sociedad pueden participar en la búsqueda de interacciones emancipadoras.

Si la comunidad percibe al sistema democrático como un sistema pluri-actoral que la incluye, no quedaría inmovilizada frente a un fetiche, siendo capaz de definir, así, acciones que permitirían una solución. De ser así, dicha solución implicaría confrontar con el régimen de acumulación capitalista al que hoy el sistema democrático resulta funcional.

Se estaría luchando de esta manera contra la globalización y contra una sociedad de mercado sin controles. Otra posibilidad es que la comunidad (cuya propia existencia ha sido posible por el sistema tecnoeconómico propio del Estado benefactor) fuera capaz de impulsar un nuevo modo de acumulación. Sabemos que la sociedad está dominada por organizaciones muy poderosas y omnipresentes; éstas se hallan legitimadas por su efectividad técnica, poseen, en el sentido habermasiano, un interés instrumental.

Ante todo ello, queda afirmar que el sistema democrático se vincula firmemente con la ética y la política. Desde allí, nuestra posibilidad de edificar un proyecto que tenga fuerte peso en las esferas de la disciplina ética y de las elecciones políticas, y como fin fundamental, al hombre. Ante el interés instrumental dominante, se podría asumir una actitud hermenéutica y crítica.

“La hermenéutica sin un proyecto de liberación es ciega, pero un proyecto de emancipación sin experiencia histórica es vacío”.¹

Es cierto que no estamos ante un proyecto sencillo, dado que el sistema de dominación y autoridad es a la vez un sistema que se reproduce y de resistencia entre dominantes y dominados, los que se hallan imposibilitados de correr el velo de la realidad deformada.

Para llevar adelante un proyecto que adquiriera ciertos grados de emancipación, hay que establecer dos hechos fundamentales: por un lado, tomar conocimiento de que estamos ante una realidad de dominación asimétrica y sistemática, la que se encuentra institucionalizada y legitimada por el intercambio producido en el mercado. Por otro lado, existe la posibilidad, aún remota, de reconocer esta situación y realizar una transformación. Es factible afirmar, entonces, que, en el primer caso, se trata de un engaño basado en una creencia irracional; mientras que, en el segundo caso, es una ilusión promotora de una esperanza racional.

Ahora bien, para transformar el engaño en ilusión racional, es preciso un paso no menor; esto es, en primera instancia, lograr el reconocimiento de una relación desigual. Este punto es fundamental, dado que la motivación de los diferentes actores no convoca a la conciencia. Cabe hacer notar que la motivación sistémica y la del mundo de la vida se han reificados y que la situación de reconocimiento tendería a un proceso de humanización de la relación ciudadana.

Construir una ilusión racional es edificar una utopía autorreflexiva, lo cual adquiere un componente trascendental, ya que ésta es la condición de posibilidad del ser nacional. Esta idea es posible, dado la comunidad participa en el proceso de comprensión del ser nacional. Dicha actitud de comprensión lleva, en última instancia, a la de autocomprensión, y los ciudadanos de un pueblo indagan acerca de sus condiciones objetivas y subjetivas, así como cuestionan su lugar en el mundo.

A partir de esta autorreflexión se abren posibilidades hermenéuticas y críticas para la comunidad de una nación. Si tomamos con cautela lo anteriormente planteado -asumiendo que el proceso de autocomprensión los ciudadanos se halla plagados de

contraposiciones y cruzado por infinidad de intereses en pugna-, podemos afirmar que la comunidad de un pueblo tiene posibilidades políticas de efectuar una mirada crítica en torno del mundo socio-histórico.

“La política es un campo de mediaciones y como tal debe moverse y contener formas heterogéneas de representación, de ampliación de la ciudadanía. Pero a pesar de su enorme importancia, la representación no es una palabra mágica ni un bálsamo sanador: se constituye a través de conflictos y nunca podrá ser asimilada al logro de una total transparencia en el vínculo entre el representante y el representado. La política se constituye como una escisión, como un desdoblamiento de la sociedad dentro de sí misma que nunca podrá encontrar un punto de fusión exacto. Pero, además, existe en el mundo humano la dimensión de lo irrepresentable. Y a veces, un hecho o fenómeno político toma forma irrumpiendo por sorpresa, desde afuera del horizonte discursivo vigente en un momento dado”².

Las representaciones de la idea de nación se encuentran en una tensión permanente entre las ideas de libertad e igualdad. Una nación como esta, puede promover otros tiempos y otros espacios para ser ciudadanos, ciudadanos de un pueblo en libertad e igualdad. Cuando decimos esto estamos invocando a la posibilidad de volver a lazos comunes a una paridad que posibilite el debate, no exenta de consensos y conflictos, pero es allí donde radica su riqueza en la lucha por la libertad, a la nación como una forma de comunidad. La nación es la potencialidad de un amplio espectro entre su tiempo y su territorio que busca la conformación de una capacidad autónoma de juicio en libertad y para todos los ciudadanos.

¹ Ricouer, Paul, *Ideología y utopía*, Barcelona, Gedisa, 1999. pág. 260

² Landi Oscar (2002), *El Secreto y la Política*, mimeo, pág. 10.